

Bellas Artes.

El difunto Comisario General de Cruzada, Excmo. Sr. D. M. F. Varela, uno de los hombres que, á pesar de haber ya muerto, han protegido con mas empeño á las bellas artes en estos últimos tiempos, tuvo el pensamiento feliz de erigir algunos monumentos dignos del siglo en que vivimos, á los principales artistas y literatos españoles. Una de las estampas que publicamos en este número del *Artista* representa el proyecto que envió de Roma el excelente escultor D. Antonio Solá, por encargo del referido Comisario General de Cruzada, para un cenotafio en honor del poeta Melendez Valdés, proyecto que por haber fallecido el Sr. Varela no se llevó á egecucion, como á muchos buenos proyectos acontece en nuestro pais. En el mismo caso se halla otro hermosísimo dibujo que envió de Roma el mismo escultor, para erigir un monumento al gran Jovellanos; á la mayor brevedad publicaremos una copia esacta de este dibujo, que actualmente se halla en nuestro poder.

No creemos necesario elogiar el gusto esquisito que se advierte en estos dos monumentos, pues el nombre del Sr. Solá dice mas en su abono que cuanto pudiéramos decir nosotros. Del que publicamos en este número podrán juzgar nuestros lectores: del otro juzgarán muy en breve.

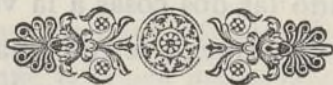
Verdaderamente seria nunca acabar si hubiéramos de enumerar todas las razones porque se hallan las artes españolas en el dia en tan lamentable estado. ¡Cosa estraña! Tenemos buenos artistas en casi todos géneros, artistas muy buenos, mejores de lo que era de esperar considerando la calamidad de los tiempos, y sin embargo las artes se hallan en España en la agonía de los cuerpos moribundos. ¿Por qué? Pero inútil es preguntarlo, pues todos lo saben: lo que importa es proponer el remedio.

Pongamos un ejemplo. Tenemos arquitectos y escultores: tenemos grandes hombres á quienes erigir monumentos, como acaba de hacerse con

TOMO II.

Cervantes; ¿por qué no se hace lo mismo con Calderon, por ejemplo? Algunos dirán que porque no hay *dinero*, y nosotros probaremos que porque no hay *gusto*. ¡No hay dinero! pues nosotros vemos á nuestros magnates gastar en sostener un lujo necio cantidades que bastarian para fomentar las bellas artes, para llenarles de gloria á ellos y á su nacion. ¿Quién, á escepcion del gobierno encarga en el dia un cuadro de historia ó una estatua? ¿Quién, á escepcion de alguno que otro Grande, encarga en el dia á un arquitecto la reparacion de un alcázar de la edad media, de alguno de aquellos edificios antiguos, que son la espresion mas palpable de la nobleza de sus poseedores? ¿Qué ciudad de provincia consagra, no diremos un monumento digno, pero ni siquiera un mármol funeral al grande hombre que nació en su ingrato suelo? Pues si nuestras ciudades de provincia consagrasen algun recuerdo de amor y de gratitud á sus hijos predilectos, pronto veriamos poblada nuestra España de poéticos monumentos, cuya sola existencia haria dar un gran paso á nuestra civilizacion, acostumbrándonos á venerar el mérito, fomentando algun tanto la circulacion interior y atrayendo á nuestro pais mayor número de extranjeros transeuntes, de cuya ilustracion y riqueza algo se quedaria entre nosotros.

No sabemos para que sitio destinaba el Sr. comisario general de Cruzada el cenotafio cuyo dibujo publicamos en este núm. del *Artista*; pero esperamos que tanto este proyecto, en honor de D. Juan Melendez Valdes, como el que en otra ocasion publicaremos, en honor de D. Gaspar de Jovellanos, se llevarán á egecucion para gloria de nuestra época y del que tenga la dicha de asociar su nombre á esta empresa artística, ya sea el gobierno, ya sea una sociedad de artistas ó aficionados. — E. DE O.



*Costumbres.***CARIDAD LITERARIA.**

Algunos periódicos vergonzantes (y no hay que hacer aplicaciones que hablo en general), que dicen que se publican en días determinados, aunque el público no suele saberlo, como salen poco á que les dé el aire se crían endebles y valetudinarios. Sus padrinos que *pour l'envie du gain* han pedido licencia para publicar el periódico, y sino la necesitan no la piden, que es lo mas corto, se ahilan los sesos por restablecerlos y darlos vigor; y para ello entran como por la mano en la carrera de las *mejoras*, primer escalon periodístico que se baja para precipitarse. Mejoran la redaccion; mejoran el espíritu del periódico, *color* que llamamos ahora, mejoran el papel, la impresion, la dependencia, y mejorarian si pudieran la afición á leer, que era golpe seguro. Pero el público, que es algo caprichosillo de por sí, suele metérsele en el caletre que no ha de leer periódico tan mejorado, tal vez porque no advierte la principal que esperaba, y así huye de las librerías donde se suscribe como diz que huye el diablo de la cruz. ¡Aquí es el ver al editor apellidándole ingrato! insipiente! y que se yo que otros epítetos todos á cual mas calificativos.

Falto el periódico de suscripcion es necesario bajar el segundo escalon, el de las *reformas*; y entiéndase que aunque la voz tiene varias acepciones, periodísticamente hablando es sinónimo de economías. Se principia por reformar la redaccion, y esto se hace de tres modos; ó rebajando el sueldo á cada quisque, ó cercenando los quises, ó haciendo las dos cosas á la vez, que es ya cortar por lo sano. Luego se reforma la imprenta, lo que equivale á exigir una mitad de rebaja en el coste, sin andarse en tiquis miquis sobre la belleza tipográfica; se reforma el papel, es decir,

se compra el peor con tal que sea el mas barato; se mete mano á los dependientes, y queda la cosa arreglada. Pero entretanto los suscritores, (¡cuidado con la gente! que son capaces, como se empeñen, de echar abajo los mejores cálculos;) los suscritores repito, se van reformando á sí mismos sin que nadie los reforme; y he aquí que todo el nuevo presupuesto económico, hecho con datos fehacientes de principio del mes, al empezarse el siguiente ya no vale un pito, porque sino hay contribuyentes ¿qué hacer? Entonces el editor se desata en denuestos, no ya contra los suscritores, sino contra el pais en que vive, hace comparaciones con el extranjero y..... en fin mas sosegado entabla nuevas reformas: nueva desercion de suscritores; otras nuevas reformas, y así á quien mas puede se llega á exprimir el limon hasta que se queda sin jugo. Y vayan Vds. contando los escalones que van bajados.

En este caso ya falta la paciencia y es cosa de volverse loco; y como es fama que los locos empiezan por hablar solos, el editor hace soliloquios. —Si aun pudiera disminuir gastos, con los suscritores que me quedan todavia..... ¡pero que he de disminuir.... Verbigracia, suprimir la imprenta.... ¿y sin imprenta como se imprime? El papel.... ya me ahorro todo el que no leen. Repartidores..... no tengo mas que uno..... No, pues de la redaccion bien se puede..... La redaccion, la redaccion....., ¿y qué falta hace la redaccion? Maldita. ¡Cáspita, qué ahorro! Escribiré yo, compilaré..... y ademas, que teniendo amigos, con un poco de actividad é industria se suple todo.

Dicho y hecho, dá por el pie á la redaccion y se echa á caza de materiales. Desgraciado el que entonces saque delante de él un papel, aunque sea una receta para los sabañones, porque aun no le ha atisbado cuando ya le echó el guante, diciendo: á ver, á ver, venga acá para mi periódico.—Hombre que eso es.... —Nada, nada, no importa; lo insertaré, lo insertaré. Pero ya se vé, como los hombres no están sacando siempre papeles del bolsillo, aunque él siempre esté en espera, no caza cosa de provecho: y entonces tiene que echarse á compilar y mendigar.

Lo primero es apoderarse de los artículos y

pensamientos de los demás, lo que en España se hace impunemente; qué es harta caridad! y lo segundo pedir materiales á todo el mundo; y como nunca falta quien dé, ve ahí la caridad literaria epígrafe de este artículo.

El editor pedigüeño se encamina hácia donde sabe que se reúnen los literatos, por ejemplo al café del Príncipe; entra, los saluda halagüeño, introduce mañosamente la conversacion de su periódico, les pregunta sino han leído el portentoso artículo de música que ha insertado, sobre las vibraciones del *la* sobre agudo de la Signora*** en el aria de portamento de la ópera N, y concluye por decirles, — así tuviesen Vds. alguna cosilla que darme. — ¿Qué es eso, hay falta de materiales? — Qué! no señor: materiales! los tenemos superabundantes (porque es de notar, que aunque sea mas solo que el ánima mas sola, siempre debe hablar en plural); pero cualquiera friolerilla de Vds. seria un grano de oro para nuestras columnas, porque su gusto esquisito, su reputacion colosal, su.... — Ya, eso si; pero nos pillas V. tan de improviso.... no tenemos nada que darle.... (solo faltaba que le añadieran el *perdone V. por Dios hermano*). Mas él vuelve á la carga, hasta que alguno por burlarse ó por quitársele de encima le promete algo, por ejemplo. — Si yo lo hubiera sabido..... pero ya no tiene remedio..... le he dado... Sin embargo pasese V. mañana por casa y le daré un artículo sobre la pirotécnica de los armenios; asunto nuevo y sobre todo muy luminoso. — Vaya, pues yo tambien le daré á V. otro romántico, sobre las catacúmbas romanas, escrito en baladas de la edad media. — Y yo unas décimas á Montes. — Y yo un ovillo á la mazurca..... — Gracias, gracias, señores; y como al que le dan no escoge, vá tomando el pobre editor cuanto le alargan y apalabrando lo que no le alargan, venga ó no á cuento para el plan de su periódico. Cargado de papelotes vuelve á su casa, se sienta, y á guisa de boticario los vá dividiendo en porciones segun las dimensiones de su papel: y cortando un artículo largo por donde mejor le parece, poniendo su correspondiente (*se concluirá*); si son muy cortos anudando dos aunque sean heterogéneos, y si falta para llenar la últi-

ma columna metiendo *cuñitas*, (1) vá trampeando y saliendo del paso.

Con este ingenioso método de redactar, claro está que ningún número sale bueno; que algunos salen medianos, que son los menos; y otros detestables, que son los mas; pero entretanto se van sorteando los dias, el periódico saliendo en los que le toca y recogándose las pesetitas.

En esta situacion he observado que se han sostenido algunos mas de lo que cristianamente se podia sospechar; pero sin embargo, es mala posicion; es el último escalon de donde miden la profundidad de la sima y toman respiro para arrojar-se; es, en fin, la penúltima escena de la tragedia é inmediatamente sigue la catástrofe! = I. S.

Beltran.

(Cuento fantástico.)

En uno de los viajes que hice, solo por diversion, aun no ha muchos años á lo interior de las montañas asperísimas de Asturias, me detuve una noche, porque me obligó á ello una furiosa tempestad, en un pueblecillo de como hasta ocho casas, de cuyo nombre no me acuerdo: en este pueblo me alojé en una casa de un vecino de los mas ricos, el cual me obsequió en cuanto estuvo á su alcance: su familia se reducía á él, jóven todavia y de atléticas formas, y á cuatro hijos: llegó el anochecer y entonces cené en su compañía. Apenas habíamos concluido nuestra frugalísima cena, cuando ví

(1) Cuñitas son unos artículos de tres, cuatro ó cinco líneas, que se tienen preparados sobre todas materias para embutir las columnas; como si digéramos, ripio para rellenar muros. Es voz nueva periodística muy en voga.

entrar en la casa á todos los vecinos del pueblo á pasar la velada (1) en casa de mi huesped; encendiéndose una abundante lumbrada y á la luz de un mustio candil se pusieron todos á trabajar. Ya habrían pasado así como cosa de diez minutos, cuando una jovencita de las mas graciosas que allí habia, con voz clara y aire desemvuelto dijo:

— ¿Y qué no nos ha de contar hoy ningun suceso de la señora Remigia? Yo creo, que porque este caballero esté aquí, no ha de ser un motivo para que V. no nos cuente algo, y yo sé muy bien, prosiguió dirigiéndose á mí, que despues que la haya V. oído me dará las gracias por haberlo recordado.

— ¡Ay! no por Dios, dijo una de las hijas de mi huesped, que esta noche mas está para rezar que para oír esas historias tan tristes que cuenta la señora Remigia. Oyen Vds. los truenos y el viento y los relámpagos.... ¡Ay! Dios mio!

— Calla tú bobuela, replicó su padre, eso que dices es muy bueno, pero mas gana tenemos de oír alguna de esas historias que nos cuenta que no tus bacherías.

Y volviéndose á un rincon de la chimenea dirigió la palabra á un bulto en que yo no habia reparado todavía.

— ¿Nos contará V. algo esta noche señora Remigia? le preguntó.

— ¿Si, hijo mio, por qué nó?

Al concluir estas palabras, que fueron pronunciadas debajo de un ancho pañuelo de paño pardo, con una voz cascada y ronca, descubrió el rostro la que las pronunciaba echando sobre la espalda el pañuelo que la cubria la cabeza. Todavía recuerdo, apesar de los muchos años que han transcurrido, las facciones de aquella horrorosa vieja; tenia las mejillas pálidas y hundidas que formaban dos profundos huecos; los ojos cavernosos y sombreados con unas largas y cenicientas cejas; la frente despoblada y cubierta de arrugas, nariz remangada y enseñando dos ahugeros mas que grandes; la boca desmantelada, lábios gruesos y blancos, tal es la figura que se presentó de repente á mi

(1) La *velada* en aquel país es como en muchos de Castilla, en donde la escasez de medios no permite á todos los habitantes de los pueblecillos el extraordinario gasto de la luz; para hacer mas llevadero este dispendio se reúnen en una casa, por semanas, para trabajar, las mugeres hilando y los hombres en otros quehaceres de su sexo.

vista; al mismo tiempo la luz del mísero candil casi moribundo, agitada por el viento que entraba por la chimenea, alumbraba de lleno su cara: la contracción de sus ojos, cuya viveza era admirable, la hacia pasar en aquel lugar y á mi vista por algo mas que humano. Tal era el personaje que iba á divertir aquella reunion, en medio de una cabaña, cuyas negras paredes anunciaban la mayor miseria, y en que debía sonar su voz al horrible estruendo de una furiosa tempestad.

— Esta noche, principió, ya que estos vivos relámpagos, esta oscuridad, estas lluvias continuas y este silvar del viento, me recuerdan una historia que me contó mi abuelo, voy á referiros la; prestadme atención.

— Ya habreis oído hablar, aunque no sea mas que por tradicion, del conde de A: — pues de este famoso dueño de todas estas montañas voy á hablaros.

Querido de todos sus vasallos el castellano de A. moraba en su fuerte castillo, cuyas ruinas aun se ven en la falda del monte de los Castaños: jóven de hermosa presencia y valiente cual ninguno, era el ídolo de sus súbditos y el terror de los moros.

A fines del siglo XII, despues de la toma de Jaen por nuestras armas victoriosas, hallándose á las orillas del Guadalbullon (1), trataba ya de volverse al seno de su anciano padre y á sus queridas montañas, cuando un caso de que nadie tuvo noticia le hizo abandonar el ejército y no parecer en mas de un año: sus soldados volvieron á sus hogares al mando del jóven Ramiro. Todo aquí era confusion y congoja; en el castillo su padre y hermano derramaban copiosas lágrimas, y las bóvedas de la sepulcral capilla resonaban en continuos cánticos de los piadosos monges del vecino monasterio, rogando al cielo por la pronta vuelta del adorado Beltran. Mas en vano era todo; ni aun el eco de la fama traía á estas tristes montañas la menor noticia, ni el armonioso trovador al pie de la colina hacia temblar las cuerdas de su laud para cantar los altos hechos del señor de las montañas. Ya habia pasado mas de un año, cuando una tarde se presentaron dos peregrinos en el castillo pidiendo hospitalidad; fuéles concedida al momento y, despues de haber repuesto sus fuerzas con los manjares que les sirvieron, pidieron ser pre-

(1) Rio Jaen.

sentados al señor del castillo, lo que les fue concedido al instante.

Uno de ellos, de como hasta cuarenta años de edad, llevaba de la mano á una jóven de veinte años, cuyas angélicas facciones nada dejaban que desear al admirador mas escrupuloso del bello ideal. Su padre, pues tal era el que la acompañaba, llevaba en su rostro pintadas todas las tribulaciones de un alma emponzoñada y sobre su frente el sello de la reprobacion.

Introducidos que fueron á la presencia del triste padre de Beltran, el peregrino dobló humilde la rodilla diciendo: «Salud y paz sea contigo, piadoso señor de estas montañas.

— Salud y paz, «repitió Elmira.

— Gracias, amigos, gracias;» contestó con un suspiro.

— No suspireis Señor, le dijo un anciano sacerdote que ocupaba el sitio contiguo, Dios con su infinita bondad os volverá á Beltran aun antes que creéis.

— ¡Ay! siempre me decis lo mismo, padre, y nunca llega el feliz momento.

— Si llegará, contestó el padre de Elmira; yo le he visto en Granada cubierto de las gloriosas armas con que conquistó á Jaen, y su escudero me aseguró que volvía á las montañas.

— ¿Hablas de veras peregrino? preguntó, tiembla sino.....

— ¿Y por qué habia de temblar? respondió fijando en él una mirada viva y penetrante; yo le ví y su escudero me aseguró que volvía á sus hogares: no es ya aquel jóven lozano y fogoso: todo su exterior demuestra la tristeza, y la palidez de su rostro y la contraccion de sus facciones en que está pintado el mas vivo dolor, dan á su semblante un aspecto fatal. Mañana debe llegar.

— ¡Dios mio! exclamó el anciano, é hizo una señal con la mano mandando que todos se retiraran, menos el sacerdote.

Raimundo, así se llamaba el padre de Beltran, todavia temblaba, y ya hacia rato que Elmira y su padre habian salido de su cuarto. Mi hijo, decia, volverá, pero desgraciado ó criminal; ¡Dios mio! era esta mi esperanza? ¿son estos tus beneficios?

El sacerdote procuraba consolarle, y ya la noche con su negro manto principiaba á caer sobre las montañas: el azul del cielo se iba disipando poco á poco y negras nubes cubrian el horizonte. — ¿Veis, decia el anciano, esas oscuras nubes que se precipitan sobre mi

castillo? ellas me representan la desgracia, y mi fiel corazón me anuncia que será fatal la entrada de Beltran en mis hogares. Venid pedirémos á Dios por él.

II.

Nuño del Espinar era el padre de la hermosa peregrina que le acompañaba; huérfano desde su mas tierna infancia, habia llegado á la edad de la razon sin haber hecho nada mas que aumentar los vicios de que habia sido dotado al nacer: libre ya á la edad de veinte años, dió curso á todas las pasiones de que era capaz un hombre, y así su fortuna, que era corta, la disipó en pocos años. Viéndose sin ningun recurso, abrazó la carrera militar, que en aquellos tiempos de turbulencias intestinas y de guerras con los vecinos moros daba libre curso á empresas del mas alto provecho. Poco despues se casó con una jóven hermosa y rica, á quien abandonó despues de disipar su fortuna: de esta union tuvo á la hermosa Elmira, y en esta jóven desgraciada fundó el malvado todas sus esperanzas de fortuna. Habia sido educada en Jaen por una tia suya que profesaba la religion proscrita en España, y esta señora habia imbuido en la jóven Elmira todo el odio que ella profesaba á los cristianos. Su padre, poco escrupuloso en materias de religion, nunca la habia preguntado sobre este asunto ni una palabra; y ademas, mas avaro que cristiano, con tal de lograr con que satisfacer sus vicios, nunca reparó en los medios, y siempre lejos de su hija solo la veia de vez en cuando, y entonces era para ver en que estado se hallaba su hermosura.

En la época de que hablamos, temeroso el rey de Jaen de la próxima guerra que le amenazaba y que no podia evitar, se valió de Nuño del Espinar para varios asesinatos secretos de grandes señores, con que procuró poner obstáculo á los grandes preparativos guerteros de los cristianos: varios homicidios cometidos en los campamentos de los nobles españoles, introdujeron la confusion en sus filas y la desconfianza entre todos ellos; de aqui principiaron á removerse los antiguos odios y rivalidades, que solo la guerra contra el enemigo comun habia apagado por el momento, y los servicios del sanguinario Nuño apartaron por algun tiempo la ira cristiana de los muros de Jaen.

Entonces fue cuando Elmira y su tia salieron de Jaen, para habitar una casa de recreo que tenian á una legua de la ciudad, y allí fue donde Beltran conoció

á Elmira; su amor á esta jóven fue tan rápido como la violencia del torrente, y ella á pesar de su odio inveterado á los cristianos, le amó tambien; pero fiel al juramento que habia hecho, jamás consintió en darle la menor prueba de su cariño. Beltran no podia hablarla jamás; siempre encerrada en su quinta, desesperaba al tierno amante que suspiraba debajo de sus ventanas.

Entonces principió el sitio de Jaen. Cada nueva accion que ganaban los cristianos aumentaba el odio y la desesperacion de Elmira; lloraba por el jóven que habia conmovido su alma, pero al mismo tiempo la ira que profesaba solo al nombre cristiano, la hacia invocar con todo su corazon al falso profeta para el exterminio entero de la raza aborrecida. Amaba al jóven cristiano con una pasion digna del pais en que habia nacido y tan ardiente como el sol abrasador del medio dia: cuantas veces estuvo á punto de abrir las celosías y decirle «yo te adoro!» cuando él pasaba las silenciosas horas de la noche, dirigiéndola sus suspiros y sus quejas; pero el recuerdo de su religion la hacia enfrenar los impulsos de su amor. ¡Infeliz! La lucha interna entre su deber y sus pasiones la sofocaba, y la muerte no la hubiera parecido tan cruel como el estado en que se hallaba.

Ya hacia dias que el caballero no se habia presentado en aquellos sitios como tenia de costumbre, cuando una tarde le vieron venir montado en un soberbio caballo; su marcha era pausada y su exterior triste, pero decidido. Llegó al pie de la quinta y apeándose de su troton, se dirigió con paso atrevido á la puerta, dió un fuerte golpe en ella y esperó tranquilo el éxito de su audacia. Viendo que tardaban en abrir, volvió á llamar y entonces fuéle abierta la puerta por un escudero que le introdujo en una sala alegre y risueña donde encontró sola á su adorada Elmira.

La dicha sin igual que entonces experimentó y la conmocion que sentia al verse en la presencia de la belleza que amaba, le dejaron mudo por un momento: detuvo el paso al verla y permaneció en éxtasis, fijos los ojos en ella por espacio de algunos minutos; su corazon latia con una violencia inesplicable: no podia hablar, inmóvil como una estatua, se creia transportado en aquel momento á una esfera muy superior á la de un ser mortal, hasta que al fin, rompiendo el silencio, pudo articular con voz apagada y débil: «*Elmira, yo te adoro!*» Apoyó la mano al decir estas palabras sobre la coraza en la parte del corazon, con un movimiento rá-

pido y convulsivo como si procurase contener de este modo los dolorosos latidos con que éste se agitaba dentro de su pecho.

Elmira, vuelto el rostro á la ventana, apoyada la cabeza sobre la palma de la mano, parecia indecisa acerca de lo que habia de responder: amaba á Beltran, le amaba con delirio, y todo hubiera sido capaz de hacerle por él, menos el sacrificio de su religion; mas de repente volviéndose hácia el caballero le dijo: «tambien yo te amo Beltran, te amo desde el primer dia en que te vi; pero la suerte ha puesto entre tu y yo una barrera impenetrable. Yo sigo la religion de Mahoma, y el que quiera poseer mi mano ha de profesar mi misma religion, sino..... es imposible!»

Un rayo que hubiera caido en aquel momento á los pies del caballero, no le hubiera trastornado tanto: en sus ojos estaban pintados el espanto, el dolor y la desesperacion; revolvía sus miradas con delirio y no sabia donde reposarlas. Al fin volvió la vista á Elmira y la dirigió una mirada espresiva, como preguntándola si habia oido bien, y la tranquilidad que notó en toda su persona le convenció de que no se habia engañado. Ciego entonces y poseido de algun poder infernal, el señor de las montañas se arrojó á los pies de Elmira y juró sobre su espada abrazar la fé de sus enemigos.

Apenas pronunció el fatal juramento cuando negras nubes cubrieron el horizonte, y un trueno horrible resonó sobre sus cabezas é hizo estremecer la tierra hasta sus mas profundos cimientos. ¡Hasta estas montañas llegó el sordo rumor del estampido horrible; pero el caballero en los brazos de su amada nada veia sino ella, y todo lo olvidó, gloria, patria, honor, religion.... todo lo arrojó de sí en un solo dia!....

Pero los agudos remordimientos sucedieron bien pronto al furor del amor, y Elmira se vió abandonada de su amante á los pocos meses. Errante por la España huía por todas partes; pero la llaga que llevaba en su conciencia, ese Dios justiciero, que siempre persigue al delincuente, no le abandonaban jamas; en vano buscó la muerte en los combates, en vano procuraba sacrificarse en continuos desafíos..... no podia encontrar la muerte, ni nada alcanzaba á sofocar los gritos de su conciencia. Desesperado, se entregó á la disipacion y á toda clase de vicios, pasando en orgías escandalosas todos los dias y las noches de su miserable existencia.

Ya últimamente, fatigado su cuerpo de los escesos

á que se habia entregado y su alma de los remordimientos que la despedazaban, trató de volverse á su castillo y á sus montañas, para ver si en los brazos de su padre podia hallar algun consuelo. Y tal vez lo hubiera conseguido, sino hubiese encontrado dentro de su mismo palacio al aspid fatal que acibaró su vida y le arrojó en el abismo del infortunio y del crimen.

III.

Al amanecer del dia siguiente, un sin número de trompas guerreras y el continuo campaneó del vecino monasterio, anunciaban algun grande acaecimiento en el castillo: acudieron todos los habitantes de los pueblos inmediatos, y vieron entrar á Beltran en sus hogares. Venia montado en un caballo negro, y seguido de un solo escudero: su persona era tan distinta de cuando abandonó aquellas montañas, que nadie podia conocerle: estaba consumido y pálido como la muerte. Su mirar torvo y sanguinario, se fijaba con rapidez sobre los objetos que le rodeaban, y mas de un valiente tembló al encontrar sus ojos fijos en los suyos. Su padre salió á recibirle y le dió el ósculo de paz en la frente; tembló Beltran al recibirle, y toda su armadura resonó como si se hubiese roto en aquel momento. El capellan del castillo acudió á darle su bendicion; pero rehusó tomarla lanzándole al mismo tiempo una mirada amenazadora; y apretando los hijares de su caballo se internó en el castillo. Lo que pasó dentro de él nadie lo supo; solo si que principiaron á hacerse sentir en estas pacificas montañas las iras de Beltran: robos continuos, y todo linage de insolentes demasias marcaban por todas partes su ira contra los cristianos; y al mismo tiempo, la muerte de su padre que anunció una bandera negra colocada en la torre mas alta del castillo, nos quitó nuestro único protector: la voz general atribuyó esta muerte á la mano despiadada de Beltran.... y ademas, el destierro de su convento de los piadosos monges que le habitaban hacia muchos años, acabó de llenar de espanto y de terror toda esta desgraciada comarca.

Por fin, Dios con su infinita bondad, oyó las súplicas de todos los vasallos de aquel hombre cruel, y se dignó arrebatarle de la tierra de la manera mas estúpida y horrible. Oid.

Hacia cosa de tres meses que Beltran de A. habia llegado á su castillo, antes asilo del desgraciado y ahora mansion de los mas abominables crímenes, é im-

penetrable á todos los que no eran ó soldados ó satélites de Beltran: todos murmuraban, pero en voz baja, pues no faltaban denunciadores viles que delatasen á los descontentos y que arrastrasen al infeliz al fatal castillo de donde no debia volver á salir. El hambre se hacia sentir aun en las casas de los mas ricos, pues apenas el cielo habia concedido alguna buena cosecha, cuando los agentes del déspota la conducian al castillo para satisfacer la avaricia del bárbaro señor. Tal era el estado de estas desgraciadas montañas, cuando se verificó el memorable suceso de que voy á hablaros.

Una tarde del mes de diciembre, se oyó un gran ruido de trompas en las almenas del castillo: esta era una señal de llamada á todos los habitantes de la aldea. Acudieron todos, y por primera vez despues de la llegada de Beltran, entraron en el castillo los moradores de estas montañas: un número infinito de personas de todas edades y sexos se precipitaron en la capilla, y; cuál fue su asombro, al ver reducido á templo de Santanas, el santuario de Dios, donde moraban las sombras y las cenizas de los ilustres y gloriosos ascendientes de Beltran, y á un vil sarraceno revestido de los ornamentos de su culto esperando en las gradas del altar la llegada del conde! el horror de la muerte se pintó en todos los semblantes: entonces, á nadie le quedó ya duda de que el castillo se habia convertido en un infame asilo de impiedad é irreligion, y todos temblaban como la hoja en el árbol, esperando algun grande suceso, no pudiendo creer que las sagradas sombras ni la Divinidad ultrajada dejasen impune tan abominable delito.

De repente se abren las puertas de la capilla y aparecen Beltran y Elmira asidos de las manos; se arrojan al pie del impío altar, y Nuño del Espinar principia la ceremonia del matrimonio. Su ambicion ya estaba satisfecha.

En tanto la noche principiaba á caer; negras nubes cubrian el cielo, el viento zumbaba con un furor terrible, y la lluvia y los relámpagos se sucedian cada vez con mas violencia. El trueno rodaba sobre el castillo haciéndole temblar hasta sus cimientos, pero nada alcanzaba á conmover aquellas almas criminales, y la ceremonia continuaba lentamente.... pero al llegar al sí fatal, un trueno horroroso hace estremecer la tierra, y el viento con nueva furia rompe las pintadas vidrieras de la capilla, entra silvando por entre las pilas-tras y apaga las antorchas nupciales, quedando todo

iluminado solo por la lámpara funeral de los sepulcros. Los mismos aldeanos caen al suelo juntando sus rostros con la tierra y gritando con voz dolorida. «*Salvadnos Dios mio, piedad! piedad!....* Huye el sacerdote des-pavorido, y Beltran levantándose de las gradas donde habia caído desplomado, revuelve sus miradas á todas partes con las convulsiones del mas completo delirio; su cuerpo tiembla y su pecho agitado arroja suspiros dolorosos; pero ¡oh prodigio! de enmedio de los sepulcros se vé alzarse un guerrero con torva vista y gesto amenazador. Todo él está rodeado de la luz mas viva; fija sus miradas en Beltran, le ase con una mano fria y descarnada, y quiere precipitarle en el sepulcro de que habia salido. Envano Beltran se resiste y forcejea.... la sombra con un impulso violento le levanta del suelo y se hunde en la tumba con su presa. Solo se oyó un triste gemido y el choque de las losas al juntarse con violencia.

Apenas desapareció Beltran calmó la tempestad; las nubes se disiparon y la blanca luz de la luna entró por las rotas ventanas. Elmira sola estaba aun exánime y sin dar señal de vida en las gradas del altar: fueron poco á poco los aldeanos reponiéndose de su pasado susto y salieron con precipitacion de aquel lugar de calamidades.—Allí murió el impío, dijo la vieja Remigia con voz aguda, y señalaba con la mano por una ventana un sitio en el centro de las ruinas.

Yo he estado varias veces á contemplar los restos del soberbio castillo y he visto entre sus escombros vagar las sombras de los malvados: he visto en las tristes horas de la noche aparecer de cuando en cuando la sombra de Elmira, ya en un lado ya en otro. Pero en las noches tempestuosas, en aquellas en que el huracan furioso arranca los árboles, entonces es cuando se hacen mas sensibles los suspiros y mas visibles las sombras que allí habitan: se oyen sordos gemidos y rumor de cadenas: se ven levantarse aquí y allá horribles espectros, y tambien alguna vez no ha faltado quien haya visto cruzar de un lado á otro luces misteriosas.

Desde aquel dia fatal ha estado el castillo deshabitado; ningun ser viviente llegó á poner los pies en él sin que hubiese vuelto contando horribles cosas y grandes visiones, y asi el castillo fue poco á poco cayendo en ruinas; y aun ahora que solo se ven sus escombros, es peligroso acercarse á él, pues las sombras que allí moran hacen pedazos al infeliz que osa pisar su recinto.

Asi concluyó su leyenda la vieja Remigia, dejando á todo su auditorio en la mayor consternacion y á mí

agitado por la espresion diabólica de su rostro y la verdad con que espresaba lo que sentia: pasé la noche en tristes ensueños y al dia siguiente continué mi viage.

Setiembre — 1835. — J. AUGUSTO DE OCHOA.



ARTICULO II.

Mas diferencias de voces, ó sinónimos. (1) (V. la pág. 178 del tom. 1.º de este periódico.)

JENTE, PUEBLO, PLEBE.

La *jente* se diferencia del *pueblo*, como una multitud desordenada, de una bien ordenada y compuesta; y la voz *jente* sirve para significar una porcion indeterminada de hombres, mientras que la de *pueblo* da á entender una porcion de hombres, indeterminada ó determinada, pero siempre ordenada bajo una ley ó derecho comun en utilidad de todos. (*Populum non omnem cœtum multitudinis, sed cœtum juris consensu et utilitatis comunione sociatum.*) *Jente*, se diferencia tambien de *plebe*, como se diferencia el género de la especie, porque la *plebe* no es mas que una

(1) Los sinónimos que se examinaren en este periódico, no se hallan entre los que se imprimieron en la Imprenta Real en 1830.— Nos falta una obra sobre sinónimos. ¿Qué es lo que hacen los señores de la Academia Española? Parece que solo ellos no quieren reunirse en Junta.

clase de *jente*: por lo cual mezclarse entre la *jente*, no quiere decir mezclarse entre el *pueblo* ó la *plebe*, sino entre los hombres. La diferencia, pues, que hay entre la voz *jente* y las otras dos, es tal, que no se necesitan mas palabras para demostrarla: con mas detenimiento ecsaminarémos la diferencia de la de *pueblo* á *plebe*, en la que muchísimos yerran por malicia, pocos por ignorancia.

La voz *pueblo* contiene en sí dos ideas bien distintas, de las cuales una es jeneral y otra particular: la primera es aquella con la que acabamos de diferenciar la de *jente*; y por esto, tomada jeneralmente la voz *pueblo* significa la universalidad ordenada de los moradores de una tierra, de una ciudad, de una provincia, de un reino: y tomada particularmente, significa un cuerpo de ciudadanos entre los otros cuerpos políticos de una ciudad, de un estado. Sería superfluo demostrar la diferencia de la voz *pueblo*, en su primera significacion, respecto á la de *plebe*, con la cual no puede confundirse; pues que al hablar de éste ó aquel *pueblo* ilustre y famoso, en paz y en guerra, jamás se toma por la *plebe* en particular, sino por la universalidad de los ciudadanos de esta ó aquella nacion. Pero importa mucho ecsaminarla en su segundo significado, puesto que el cuerpo del *pueblo*, mudando de estado segun la varia forma de sus instituciones civiles, puede con frecuencia, y sin razon, ser confundido con la *plebe*. En la República Romana, tenia la universalidad de los ciudadanos el derecho de hacer las leyes, y para esto se consideraban solo dos órdenes ó cuerpos; á saber, el senatorio y el popular. — S. P. Q. R. — y en este último se confundia con el *pueblo* la *plebe*: pero fuera de los comicios y del foro, los cuerpos de ciudadanos eran tres, el primero era el de los patricios ó nobles, el segundo el del *pueblo*, y el tercero y último el de la *plebe*. Era esta en Roma, como lo es tambien en España, el lastre de aquella gran nave, la fétida cloaca que meneada á las veces por tribunos imprudentes, ecshalaba de sí la loca discordia, los motines, las rebeliones: y esa era la canalla que gritaba pidiendo *pan y circenses*, que desterraba á Coriolano y Escipion, que invocaba las leyes agrarias, que agitaba las antorchas incendiarias en el Capitolio, y

con frecuencia ponía en inminente riesgo la fortuna de Roma. ¿Y quién en este cuadro podria reconocer el nombre y virtud inmortales del *pueblo* romano? ¿Quién, por el contrario, no reconoce á la *plebe*, en todo el lleno de su asquerosa ferocidad? Por eso, los áureos escritores del Lácio, jamás se desentendieron de la diferencia grande que hay entre el uno y el otro de estos vocablos: y no solo no se desentendian, sino que llamaban *plebeya* toda villana accion; *plebeyas* las palabras descompuestas, y los vulgares escritos: mientras que alababan con el nombre de *popular* la elocuencia de sus grandes oradores: los Fabios, los Fabricios, los Camilos ambicionaban la *popular* alabanza; dejando que mendigasen la *plebeya* los Catilinas y los Clodios. Entre nosotros se dice tambien *pueblo bajo* para significar la *plebe*. Cambiadas las formas de gobierno, en cada reino de Europa hubo, como hay ahora, tres distintas clases de ciudadanos: la de los nobles, la del *pueblo* y la de la *plebe*: á la primera pertenecen todos aquellos que, por nacimiento ó por favor del príncipe, tienen el título ó privilegio de nobleza: á la segunda todos los que se dedican á la agricultura, al comercio, á la industria, á las ciencias, y á las artes: y á la tercera, finalmente, los gañanes y jornaleros, los sirvientes, y los mendigos de toda laya. En la primera clase luce, ó *debía lucir*, el decoro y el saber del estado: en la segunda estriba el nervio y la prosperidad de la nacion: y la tercera, que es la mas numerosa, es la plaga necesaria de todo cuerpo político.

Con razon llama á la *plebe* el diccionario de nuestra lengua la *jente baja del pueblo*: y tambien nosotros, como en otro tiempo los romanos, nos valemus figuradamente del adjetivo *plebeyo* para significar toda cosa baja y vil: y este vocablo tiene tan mala opinion, que llamamos *plebe*, á todo lo que hay de malo, en cualquier otra clase mas alta ó elevada de ciudadanos, siendo verdaderamente tal, su parte mas corrompida. Las palabras *pueblo* y *plebe*, bien entendidas, señalan por sí mismas la diferencia que hay entre la democracia y la terrible oclocrácia: cuyo nombre compuesto de las dos palabras *ὄχλος*, turba, vulgo, multitud, en mal sentido; y del derivado de

κράτος, poder, fuerza; significa la dominacion del pueblo bajo ó jente menuda; del *tunicatus popellus*, como decian los latinos. Es voz nueva, pero necesaria, para bien definir los dos gobiernos del pueblo y de la *plebe*, y para restituir al vocablo *democrácia* su verdadero y seductor significado.

HIPOCRESIA, IMPOSTURA.

Estos dos monstruos, diversos en índole y naturaleza, se unen fácilmente en la boca de los hombres, por el artificio con el cual toman apariencia y proceder semejantes. *Hipocresía* es el arte de engañar aparentando virtud: *impostura* es el engaño que resulta de aquel arte. El *hipócrito* no trata propiamente sino de encubrir sus asquerosos pensamientos, y aparecer lo que no es: el *impostor*, bajo esta capa, trata de menoscabar la fama y honor ajenos, y no se diferencia en mas del calumniador, si no en que la calumnia se emplea por el *impostor*, socolor de probidad y de relijion; y por el calumniador, bajo cualquier pretexto y de cualquier modo. La *hipocresía* es taciturna, procede del excesivo amor propio, y fomenta en los adentros del hombre, vergonzosos vicios, haciendo alarde ecsteriormente de las virtudes contrarias á aquellos. La *impostura* es locuaz, á tiempo, y cuando la conviene; procede de odio contra los demas, y se ocupa en sembrar entre la jente opiniones falsas, y peligrosas doctrinas. Ambas á dos abusan de las cosas mas santas: de la relijion, del saber, de la amistad, de la confianza, del amor de la patria: pero la *hipocresía* por complacer á sí misma, y la *impostura* para perjudicar á otros. Con la *hipocresía* se aviene bien la ficcion, con la *impostura* la falsedad: y por esto á la *hipocresía* se opone el candor del alma, á la *impostura* la verdad. Se diria casi que el vicio rinde homenaje á la virtud, con la *hipocresía*; y que con la *impostura* la ofende á las claras y descubiertamente. La *impostura* es un acto, y por eso se emplea activamente: pero no así la *hipocresía*, que es un hábito: diremos, por ejemplo, que el bueno está sujeto á las *imposturas* del malo:

y que la adulacion procede de la *hipocresía*, y no de la impostura.

TERROR, ESPANTO.

Terror es el superlativo de *temor* (*terror*, *magnus timor incussus*.) *Espanto* es el superlativo de *miedo* (de *expavente* participio activo del verbo *expaveo*); y aunque la diferencia de los dos vocablos primitivos no sea perfectamente la misma en los derivados; nos servirá, con todo, de guia segura para diversificarla. La voz *espanto* se usa hablando de presente ó inminente peligro: la de *terror* se emplea hablando de una grave calamidad presente ó lejana. El *espanto* se usa, con frecuencia, hablando de cosa que supera con su deformidad ó enormidad la imaginacion del hombre. Al *espanto*, que hiere particularmente la imaginacion, se unen la maravilla y el asombro ó estupor: y es siempre compañero del *terror*, un sentimiento de grave afan y dolor: y por eso cuando un mortal cree ver alguna señal manifiesta de una cosa divina, ó ésta misma cosa; tiene *espanto* y no *terror*. El *espanto* se diferencia del *terror* principalmente en que no hace la misma impresion, ni dura el mismo tiempo. Procede á veces el *terror* del raciocinio, y de la profunda reflexion: el *espanto* es instantáneo, y nace de un accidente repentino é imprevisto. Uno de nuestros poetas dice: =

Mas despues que aparece
El jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frío miedo entorpece
Al rebelde, y lo atierra
Con espanto y con muerte la ímpia guerra.

La idea de otra vida, en la que se castigarán por toda una eternidad los pecados secretos de ésta, llena el ánimo del que es cristiano, de religioso *terror*: y decir en este caso *espanto*, seria no solo menor, sino indigno del sentimiento que se quiere espresar. La transfiguracion en el Tabor, la resurreccion milagrosa de Lázaro *espantaron* y no *aterraron* á los atónitos apóstoles: las plagas con las que el Dios de Israel afligió al Egipto

to *aterraron* á los obstinados á quienes la vara de Moisés no podía *espantar*. El *terror* es además cosa mas noble que el *espanto*; en lo que se manifiesta la orijinaria diferencia de los dos vocablos. Lonjino señala el *terror* como una de las fuentes del sublime: los poetas y oradores tienen á veces por objeto de sus composiciones el *terror*, y nunca el *espanto*: y quien, hablando de una tragedia, dijese que *espanta*, lanzaria un maligno epigrama contra el autor de ella; mientras que si dijese, «*aterra*» le alabaria grandemente. Los grandes fenómenos de la naturaleza *espantan* á la plebe: el justo no se *aterra* por ellos. Con estos sinónimos se confunden tambien los de =

TEMOR, MIEDO.

El *miedo* es un error de los sentidos y se origina de cobardía: el *temor* es un error de cálculo, y se origina de un exceso de prudencia: á este se opone la esperanza; al otro, el valor. El *miedo* es efecto de alteracion de ánimo: el *temor* procede del *raciocinio*; y cuando éste es falso, se dice entonces *temor vano*, ó *temor pánico*, dándole con estos adjetivos un significado que no tiene por sí solo. Al indagar el orijen de la voz se halla que *miedo* sale del *metus* latino; y éste segun los gramáticos latinos de la voz griega *μῆδος*, trabajo: y quizá porque el mayor que le puede suceder á un hombre es el de tener *miedo*: pero el *temor* es mas oculto, y menos concitado. El *temor* puede tomarse en buen sentido, el *miedo* jamás: y aun mirado por la parte peor, el *temor* es siempre menos que *miedo*. Llamamos además *temor*, á aquel sentimiento de respeto ó veneracion que tienen los hombres de bien por las leyes divinas y humanas: y por eso decimos «*aquel es timorato*: aquel *teme* las leyes: «pero no se podria decir aquel tiene *miedo* de Dios: y solo los pícaros tienen *miedo* á las leyes.»

En los derivados *tímido* y *miedoso* se escapa un poco mas la diferencia, y viene á hacerse menos sensible á causa del uso promiscuo que se hace de ambas voces: pero siempre ecsiste una diferencia. Entra un jóven de algun valer, y que no sea un descarado petimetre, en una reunion ó

tertulia, y á su entrada llama la atencion por quedarse cortado, por turbarse si le preguntan algo, por quedarse á un lado, como escondido y confuso: si alli hay mujeres, y si son honestas y de estima, dirán = «ese hombre es *tímido*:» pero no dirán = «ese es *miedoso*.»

En la obra, citada ya, de sinónimos castellanos impresa en la Imprenta Real en 1830, se ponen dos artículos: uno de *espanto*, *susto*: otro de *temor*, *miedo*. (Véanse las páginas 59 y 69 de dicha obra.

Por no fastidiar demasiado al lector, dejaremos para otro artículo esta misma materia, concluyendo este aqui. Nos avergüenza, lo decimos francamente, el ocuparnos de estas frívolas cuestiones gramaticales; pero recuérdese lo que ya se ha repetido; de que hay tiempos en los que esta árida clase de estudios, salva á las almas de jeneroso temple, de la infamia de la adulacion y de los peligros de la verdad.

Nos mueve además á tratar de esto, el santo amor de la Pátria, y por consiguiente, de su lengua, de sus costumbres y de todo lo que la pertenece; y nos mueve tanto mas, cuanto que, ahora, (como Francisco de Medina en el siglo XVI.) nos maravillamos = «*de nuestra flojedad y negligencia, porque habiéndonos cabido en suerte una habla tan propia en la significacion, tan copiosa en los vocablos, tan suave en la pronunciacion, tan blanda para doblalla á la parte que mas quisiéramos; somos, ¿diré tan descuidados, ó tan ignorantes? que dejamos perderse aques- te raro tesoro que poseemos*: y de que = «no hay quien se condolezca de ver la hermosura de nuestra plática, tan descompuesta y mal parada: como si ella fuese tan fea que no mereciese mas precioso ornamento.» = L. DE U. Y R.



VARIEDADES.

¡Qué de novedades teatrales en Madrid! dos nada menos hemos tenido esta semana: *Ricardo Darlington* y la *Muda de Portici*. ¡Dichosos madrileños! Nadie piensa mas que en divertiros, en procuraros pasatiempos que os hagan olvidar las amarguras de la vida: ayer el drama nuevo, mañana la ópera nueva, pasado mañana la esposición; --luego vendrá el invierno con sus bailes, sus conciertos, sus aristocráticos paseos en el Salon del Prado por la mañana.... en verdad que no es hombre de gusto el español que vive fuera de Madrid. Y luego ¿dónde se ve lo que se vé en esta gran capital? Aquí arrebatada Bellini, y Mozart es oído con frialdad: aquí están desiertos los salones del Museo, si bien llena á todas las horas del día la Puerta del Sol; aquí apenas acude la gente á la primera representacion de un drama nuevo (si no es traducido), y anda á puñadas por hallar billete para la ópera: aquí disgusta *Ricardo Darlington*, y edifica la *Pata de Cabra*..... ¿No han de prosperar con tales antecedentes las bellas artes y la literatura? Precisamente.

Sabemos que el célebre Alejandro Dumas no tardará en visitar esta coronada villa de Madrid. ¡Ojalá halle entre nosotros la acogida que siempre encuentra el mérito en el suelo hospitalario de la Francia!

Dentro de pocos dias empezará en los salones y patio de la Academia de S. Fernando, la Exposición de Pintura y Escultura. Ya á estas horas hemos podido divisar, aplicando el ojo á todas las rendijas de las puertas y costearando todas las paredes de la Academia varias de las obras que serán espuestas á la vista del público: algunos nos han parecido..... pero chiton; no hablemos del drama antes de levantarse el telon.

Mucho ha disgustado que Ricardo Darlington dé unos cuantos coscorrones á nuestra linda Ma-

tilde Diez; pero mas hace con Desdémona Otelo, que sobre pegarla, la insulta cruelmente. Esos personajes tan mal educados nunca harán fortuna en nuestros teatros.

Acaba de hacerse un descubrimiento de los mas interesantes para la ciencia arqueológica en un granero de la biblioteca municipal de Cambrai.

Este descubrimiento consiste en bulas de diferentes papas, dirigidas á los prelados que han ocupado sucesivamente la sede episcopal de Cambrai. Casi todas están muy bien conservadas.

Se acaba de descubrir en la sacristía de la villa de la Pieve, un magnífico arabesco de Pedro Vannucci, conocido generalmente bajo el nombre del *Perugino*.

Este arabesco representa el pesebre en que nació el niño Jesus; á su alrededor, se ven muchas figuras de hombres y mugeres, todas de extraordinaria hermosura.

Todos los inteligentes que han visto esta obra, declaran que es una de las mas admirables composiciones de aquel célebre artista. Se han hallado igualmente cuatro vasos de barro cocido, que parecen muy antiguos: en uno de ellos se ha encontrado un billete del *Perugino*, en que éste declara ser realmente el autor del arabesco que se acaba de descubrir.

En todo el presente mes se pondrá en escena en el teatro frances un nuevo drama de Mr. Casimir de la Vigne, sacado de la historia de nuestro país: su título es *D. Juan de Austria*.

En el teatro de la Academia Real de Música, en Paris, se está ensayando una nueva ópera del gran Mayer—Beer, que se egecutará en los primeros meses del próximo invierno. Todos los periódicos fundan las mas brillantes esperanzas en esta nueva particion del autor de *Roberto el Diablo*.

ESTAMPAS.

Cenotáfio. — La Puerta de Bibarrambla.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA, -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.